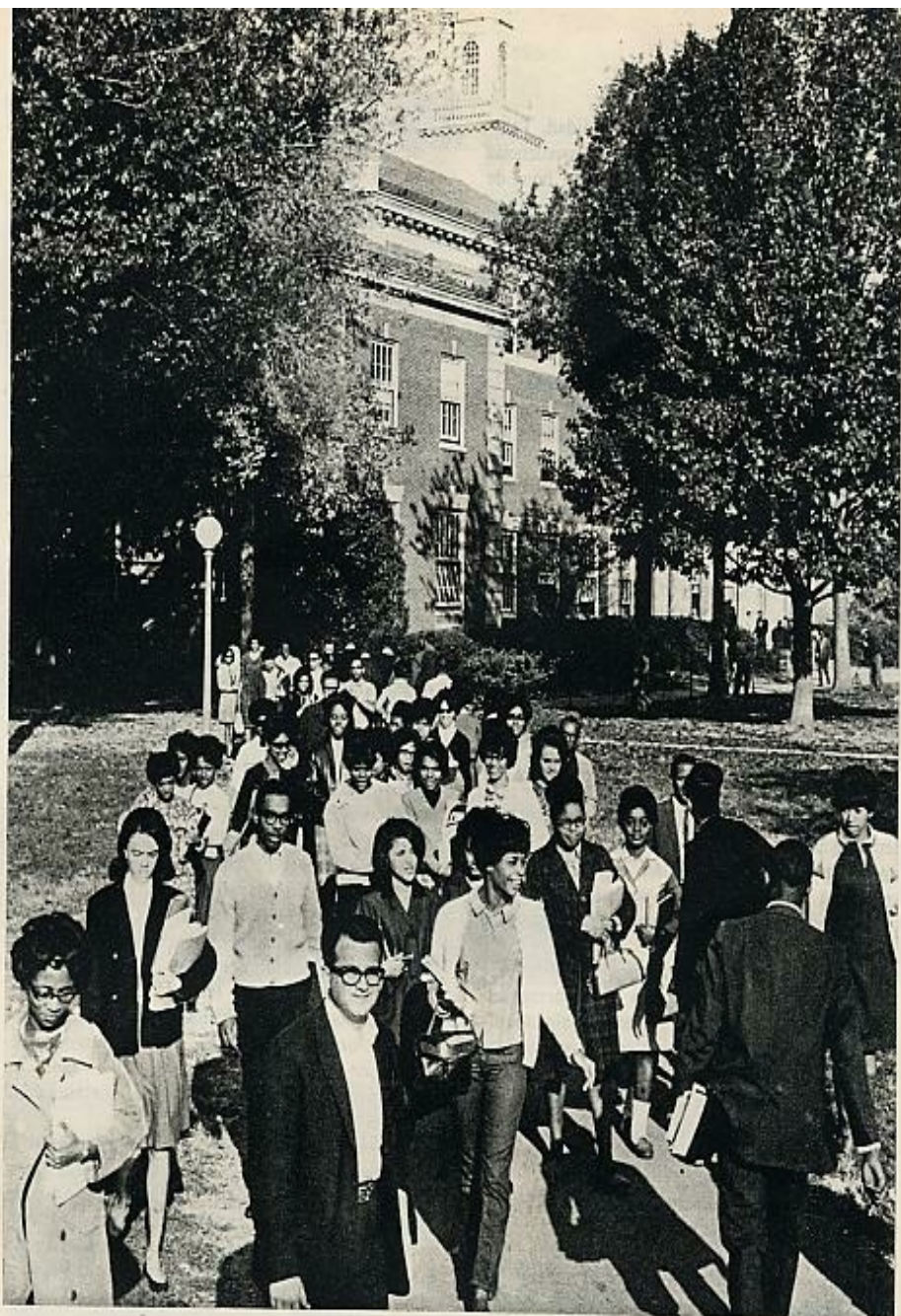


USA. UNA NUEVA GENERACION



DURANTE 1965 la juventud norteamericana ha venido ocupando con frecuencia la primera plana de los periódicos. Revistas y estaciones de televisión le han dedicado atención especial. Los acontecimientos de sensacionalismo periodístico no han sido las multitudinarias recepciones históricas a cualquiera de los numerosos conjuntos de guitarras eléctricas y melenas, ni tampoco los actos de vandalismo de los «Angeles del Infierno» en las ciudades y playas de California. En el escenario de la vida interior de los Estados Unidos ha aparecido un nuevo tipo de inquietud juvenil que empieza a provocar cierta desazón en la Administración actual y en las instituciones vigentes de la nación.

Una parte todavía minoritaria, pero muy activa, de los jóvenes se ha lanzado a la manifesta-



El mito de la juventud norteamericana despreocupada y escéptica se está desmoronando rápidamente. A la Universidad han llegado ecos de una discusión que parecía haber muerto en los tiempos de McCarthy.

ción pública de su inquietud espiritual. La protesta y el alboroto siguen teniendo por base una indignación moral, es decir, de proporciones limitadas todavía. Los principios éticos y las normas de conducta imperantes en la sociedad estadounidense están siendo objeto de crítica por parte de los mismos jóvenes norteamericanos. Las discusiones proliferan, sobre todo en los recintos universitarios, y aumentan en extensión y profundidad. Las organizaciones y grupos creados durante los cuatro o cinco últimos años se han ampliado considerablemente, otras nuevas van surgiendo a cada paso.

En los últimos tiempos, particularmente a partir del lanzamiento de los primeros «sputniks», se han derrumbado muchos de los viejos mitos de la guerra fría. La tensión creada durante la época de McCarthy en el ambiente y en la actividad intelectual se relajó un poco a partir de la década de los sesenta. Los «sputniks», la agitación negra del Sur, los sucesos de Little Rock, Birmingham, Mississippi, los libros críticos de M. Harrington y C. Wright Mills y otros liberales, entre algunas cosas más, son los acontecimientos que han contribuido a despertar la conciencia de muchos jóvenes.

Resulta que el *american way of life*, presentado hasta ahora como el desiderátum de la organización social, no es tan perfecto como se venía afirmando con categoría de casi dogma. También tiene sus defectos. Se ha descubierto, por ejemplo, que en el país más rico del mundo también hay pobreza, que no pocos carecen de las necesidades consideradas vitales en el nivel actual de civilización. Los jóvenes han experimentado en sí mismos que la justicia y las libertades universales garantizadas por la Constitución no tienen aplicación práctica para muchos sectores de la población. Se ha visto que el Gobierno, teóricamente defensor de la democracia y las libertades políticas, viene interviniendo directamente en los asuntos internos de otros países, en violación de las leyes nacionales e internacionales, y no precisamente para establecer gobiernos democráticos en ellos, si se entienden como tales los elegidos por el pueblo.

Estas contradicciones se han acentuado extraordinariamente durante el último año, culminando especialmente en la guerra de Vietnam, omnipresente hoy en todos los aspectos de la vida nacional. Y es la juventud, naturalmente, la primera en responder entusiastamente a **SIGUE**



los ideales más hermosos de la Humanidad. También es ella la primera en sufrir las consecuencias de los posibles desajustes sociales. A la hora de hallar una colocación, son los jóvenes quienes encuentran mayores dificultades. La conscripción militar en caso de guerra, el conformismo intelectual reinante entre la mayoría de los profesores, la ausencia de una perspectiva clara y convincente para el futuro, etc., son condiciones que afectan primordialmente a los jóvenes.

La rebeldía de la juventud norteamericana de hoy día se presenta en tres frentes claramente definidos: a) la lucha por los derechos civiles de los negros; b) la protesta estudiantil, y c) el movimiento por la paz. Si bien puede haber elementos más viejos que colaboren en ellas, son los jóvenes los principales portadores e impulsores de estas corrientes.

La experiencia sufrida en los últimos tiempos los ha llevado a calcular la posibilidad de unificar las demandas, de fundir los tres movimientos a fin de incrementar su pujanza. Tras la gran manifestación del 27 de noviembre en Washington, los numerosos grupos que participaron en ella se pusieron inmediatamente a estudiar nuevas formas de organización, cómo se pueden aferrar los vínculos que hagan posible una colaboración más estrecha entre ellos, hasta qué punto deben extenderse las demandas y qué métodos son los más apropiados para conseguirlos, etc. Las críticas tienden a concentrarse cada vez más en la Administración presente, así como en la estructura social de la que es exponente.

Las actitudes y posiciones, pues, se radicalizan, tanto en los jóvenes como en los gobernantes. Por mucho que el Presidente Johnson y algunos altos funcionarios de la Administración repitan que el país está unánime detrás de su Gobierno, ellos saben muy bien que no es verdad. Su insistencia en expresarlo en discursos y entrevistas públicas debe corresponder más a sus deseos que a la realidad.

Veamos ahora los principales aspectos de cada uno de estos movimientos.

I. La lucha por los derechos civiles

La historia de la rebelión de los negros en los Estados Unidos es tan vieja como la llegada de los primeros esclavos. Algunos se insubordinaron ya en el mismo barco, antes de llegar a América. De siempre ha habido negros que se han alzado en la lucha por su dignidad humana, por sus derechos de ciudadanos, por la igualdad en el trabajo, en su remuneración, en la educación, por una vida mejor. La historia de los Estados Unidos está llena de ejemplos heroicos de negros que la han ilustrado con sus hazañas, ya sea en el campo de la rebelión armada o en el de la rebelión intelectual. Gabriel Prosser, Denmark Vesey, Nat Turner, Frederick Douglass, William E. B. Du Bois, son algunos de los nombres ilustres. Muchos sucumbieron antes de llegar a ser famosos. Las sombras de la noche, iluminadas con cruces y capuchones, presenciaron muchas veces el bailoteo fantasmagórico de los linchamientos.

La población negra, sobre cuyas espaldas ha recaído siempre, y recae todavía, la carga más pesada del trabajo, disfruta en la actualidad de algunos derechos que hasta hace bien poco se habrían considerado utópicos. Hoy los ciudadanos de color disponen de una legislación federal que les garantiza el derecho a votar, a asistir a las mismas escuelas que los blancos, a comer en los mismos restaurantes, dormir en los mismos hoteles, bañarse en las mismas playas y jugar en los mismos parques. Registradores federales han ba-

jado a los condados más reacios del Sur a fin de incluir oficialmente a los ciudadanos negros en las listas de votantes. En Washington se ha dado al fin cuenta de que extendiendo a ellos los derechos civiles de la Constitución no se pierde nada substancial, y sí se puede aplacar un movimiento que empieza a criticar y a exigir cosas más esenciales.

Más lo que manda es la situación económica, y ésta no ha mejorado mucho con la legislación promulgada en los últimos tiempos, sobre todo las leyes de 1965. De poco sirve disponer de una ley que garantice el derecho a comer en el mejor restaurante si se carece de dinero para pagar la comida. Una cosa es garantizar el derecho al voto y otra muy distinta garantizar el derecho al trabajo. En el Sur los negros siguen realizando principalmente las faenas agrícolas para las que fueron traídos al continente americano. Los jóvenes siguen huyendo al Norte en busca de mejores oportunidades de trabajo y más amplias facilidades sociales. Pero encontrar una colocación en las grandes industrias, con los mismos sindicatos obreros tan racistas o más que los empresarios, constituye una gran aventura para la mayoría. El Norte industrial y liberal no es la tierra de Jauja que ellos soñaban. Las condiciones y las leyes locales los obligan a recluirse en «ghettos». Confinados en las barriadas más pobres, viven en una situación que difiere bien poco del chabolismo de cualquier ciudad latinoamericana: hacinados en habitaciones insalubres, escasas de escuelas, con la juventud merodeando las calles sin saber qué hacer con su tiempo y sus brazos vacíos. Vivir de la beneficencia del Gobierno federal, cuando los alcanza, tampoco es una solución aceptable. La limosna es siempre humillante, incluso para los negros, de quienes los sociólogos, tan de moda en este país, afirman que carecen de moralidad, al menos como ellos la entienden.

Abunda, por ejemplo, la promiscuidad, y la familia no suele corresponder a los módulos imperantes en el resto de la sociedad. Parece que en muchos casos se ha llegado a una situación de matriarcado, lo cual está en completo desacuerdo con el concepto de familia que tenemos en nuestra cultura y que esos mismos sociólogos nos pintan como ideal. El ideal es el *pater familias*, autoritario, jefe de la casa y sostenedor de los hijos y de la mujer, mientras que el deber de ésta

es atender el hogar y cuidar de los niños. Y en muchas familias negras ocurre lo contrario. Lo que no dicen la mayoría de los sociólogos y psiquiatras es que la mujer negra encuentra trabajo más fácilmente, sobre todo en el campo de los servicios, mientras que el hombre suele pasar la mayor parte del tiempo desocupado.

El marco social en que se desenvuelve la población de color resulta estrecho. Nada de extrañar, pues, que las organizaciones negras proliferen. Las viejas como NAACP, CORE, o incluso otras más recientes como los Black Muslims, van perdiendo prestigio y están siendo rebasadas por los nuevos grupos juveniles, más radicales y constructivos. Como ejemplos de estos últimos pueden servir el SNCC y el MFDP (1).

El SNCC (Student Non-violent Coordination Committee) es un grupo de estudiantes y jóvenes graduados que se han tomado la tarea de organizar a la población negra más desafortunada para la consecución de sus derechos y la satisfacción de sus demandas. Abogan por un cambio estructural de la sociedad norteamericana, que ellos creen posible sin necesidad de emplear la violencia, como es el caso de los nacionalistas Black Muslims, por ejemplo. Por lo general, sus miembros, entre los que no faltan jóvenes universitarios blancos, proceden de las comunidades negras del Norte. Durante el verano bajan al Sur, donde los roces raciales son más acusados y la situación de los negros más desfavorable. Viven en las mismas condiciones que los demás, trabajando en los campos con ellos. Donde logran echar raíces y los problemas son más acuciantes suelen permanecer uno o dos organizadores jóvenes todo el año, hasta que algunos negros de la localidad están en condiciones de llevar las cosas por sí mismos. En las aldeas y comunidades rurales del Sur crean escuelas y centros de estudios, que ellos llaman «libros», en donde aclaran a los negros cuáles son sus derechos y cómo pueden luchar por conquistarlos. Es este grupo el principal organizador de las manifestaciones y protestas públicas que se vienen repitiendo incesantemente en el Sur, como la famosa marcha de Selma. Con ellos colaboran generalmente los demás grupos y organizaciones, desde el reverendo Martin Luther King hasta los «diáconos para la defensa y la justicia», asociación semisecreta de jóvenes negros que se han armado para oponerse con rifles y pistolas a la violencia del Ku Klux Klan y defender a sus hermanos de color amenazados.

El SNCC cree que las discusiones de principios, tan características de los recintos universitarios, y las peticiones oficiales de los líderes religiosos ante la Administración son inútiles mientras las masas interesadas permanezcan ajenas a ellas. Piensan que una vez puestas en movimiento organizado, la confrontación continúa con la estructura del poder existente, la lucha diaria, les irá mostrando el camino a seguir. Las condiciones, diversas en cada momento, irán formando a los dirigentes y creando el programa que sean necesarios en un futuro próximo o remoto.

Por su parte, la Administración no mira con buenos ojos este tipo de organizaciones e intenta

Estudiantes norteamericanos paseando por una avenida del recinto universitario de Illinois in Urbana.



(1) Franklin D. Roosevelt, con la creación de las numerosas oficinas e instituciones del New Deal, puso de moda las siglas en los Estados Unidos. Hoy día inundan las publicaciones, dificultando enormemente la lectura de artículos y ensayos. En el afán de simplificar, excesivo ya y ridículo, se llega a nombrar incluso a las ciudades por sus siglas. Así, por ejemplo, en la conversación normal, L. A. es Los Angeles.

NAACP es la National Association for the Advancement of Colored People.
CORE es el Congress of Racial Equality.
SNCC es el Student Non-violent Coordination Committee.
MFDP es el Mississippi Freedom Democratic Party.



Un grupo de estudiantes se manifiesta por la paz. Disfrazados con calaveras los muchachos pasean de esta forma su disconformidad por las calles de una ciudad.

frenar su movimiento con toda clase de métodos. La concesión de ciertos derechos civiles, las amenazas, la negativa a proveerlas de fondos federales destinados a otras asociaciones más en consonancia con los deseos de Washington, etc., son recursos que están a la orden del día.

Mas ninguno de los remiendos que intente poner el Gobierno federal, a pesar de toda la buena voluntad que lo impulse, puede ocultar el hecho de que los negros ocupan los peldaños inferiores de la escala social, un poquito por encima de los indios (2). Por eso puede adelantarse que los dirigentes actuales de los Estados Unidos no verán lograda la paz social interna que tanto desean y necesitan para proseguir sus programas. Por muchas instituciones de caridad que se establezcan (3) y por mucho que se procure aplicar la ley electoral promulgada por el Presidente Johnson el verano pasado, los movimientos de carác-

ter social, que es la tendencia que presenta el de los negros en los Estados Unidos a lo largo de todo el año 1965, seguirán su curso. Y cada vez con más virulencia, como demostró la rebelión de Los Angeles en agosto último (4). La ocupación militar de Watts, el «ghetto» negro de esta ciudad, con miles de soldados y policías provistos de tanques, helicópteros y ametralladoras, se repetiría probablemente en otras ciudades. En esto parece estar de acuerdo todo el mundo, incluso el grupo de sociólogos, psiquiatras y ciudadanos notables encargados de averiguar las causas de este desgraciado incidente, cuyo informe acaba de salir a la luz pública (5). De ahí que cualquier acto de brutalidad de la Policía hacia la

población negra o un pequeño roce racial sea susceptible de provocar incendios de tales proporciones o aún mayores.

En el campo de la actividad política nos encontramos con la presencia del MFDP (Mississippi Freedom Democratic Party), que desde la plataforma del partido oficial demócrata ha intentado la conquista de puestos en la Cámara de Representantes y en las oficinas locales del Estado de Mississippi. Inspirado principalmente por el SNCC, presentó sus propios candidatos en las elecciones de 1964. Este partido negro ganó los votos de la mayoría de la población en muchas localidades. No obstante, fueron los candidatos blancos quienes ocuparon las sillas demócratas por Mississippi en Washington, apoyados en la nueva Ley de Derechos Civiles, el MFDP presentó en la capital del país una demanda de invalidación de los cinco representantes indebidamente elegidos y su inmediata sustitución por los candidatos negros. La apelación fue denegada en septiembre de 1965.

Los miembros más jóvenes y radicales del MFDP han visto en la decisión de Washington una confirmación más de su teo- **SIGUE**

(4) Los recientes choques raciales. (N. R.)

(5) El psicoanálisis de Freud, reformado por Horney, Fromm y Sullivan, ha adquirido en los Estados Unidos la categoría de una religión oficial. Suele ser considerado como panacea remedidora de todos los males. Es un fenómeno que merece estudio aparte. Tras la supresión militar de la rebelión de Watts, la primera reacción oficial fue poner en manos de destacados psiquiatras y psicoanalistas la averiguación de las motivaciones que pudieron conducir a semejante tragedia, treinta y cinco muertos y cuatro mil prisioneros. Esto es, se intenta buscar la causa de un violento incidente social en impulsos psicológicos más o menos innatos, subjetivos, inconscientes, desconocidos y, por tanto, incontrolables. El remedio consiste entonces en sacar a la luz esas fuerzas oscuras y curar al individuo con los métodos del psicoanálisis freudiano clásico: conocimiento del inconsciente individual a través de la interpretación de sueños, recuerdos de la niñez y vida infantil, etc. Pero si se considera la psique en su interrelación dinámica con el medio social que la rodea, la tarea freudiana de conocer el propio inconsciente personal se convierte en algo muy diferente. El problema pasaría a ser entonces otro: conocerse a sí mismo, el mundo exterior, inclusive la sociedad en que uno vive, y la relación que uno guarda con él. Como dice H. K. Wells en su reciente libro *The Failure of Psychoanalysis* (El fra-

(2) Los grupos de indios que aún quedan desperdigados a lo largo y a lo ancho del territorio nacional viven reclusos en sus reservas, extranjeros en su propio país. Se niegan a aceptar la sociedad blanca y ajustarse a la civilización que ella representa. Languidecen matando su abulia y su hambre con las limosnas del Gobierno federal.

(3) La euforia que la actual Administración trompetó a los cuatros vientos a comienzos de su ejercicio, sobre todo el pomposo programa de la Great Society, y la guerra contra la pobreza, se va apagando paulatinamente. El mismo vicepresidente, el liberal socializante Humphrey, declaró públicamente a comienzos de diciembre que el Gobierno federal es incapaz de solucionar el problema de los barrios bajos en las grandes agrupaciones urbanas. Acto seguido hizo un llamamiento a la generosidad de los ciudadanos más privilegiados y a las corporaciones industriales. Se vuelve a huir de una realidad desagradable para elevarse al altruismo de la imaginaria bestidud de los sentimientos de compasión y los métodos caritativos.

caso de psicoanálisis), la cuestión no sería ya averiguar cómo pueden elevarse a la conciencia los procesos inconscientes, sino en cómo incrementar el conocimiento del hombre y el medio ambiente que lo rodea, a fin de adaptar este último a las necesidades, intereses y aspiraciones del primero.

Los desgraciados incidentes de Watts, uno de los ghettos negros más prósperos de la nación, reciben una perspectiva muy diferente si tenemos en cuenta el siguiente trastorno. El 34 por 100 de los adultos de esta comunidad negra de Los Angeles carece en absoluto de empleo, y el 60 por 100 de la población total está pidiendo ayuda de la beneficencia federal.

ria. Según ellos, la idea de influir en la actitud del partido demócrata desde dentro del mismo es falsa y condenada al fracaso. La tarea primordial es crear organizaciones negras independientes de ambos partidos, el republicano y el demócrata, educar directamente a las masas del Sur y prepararlas adecuadamente para la lucha por sus derechos. La situación de los negros sólo puede mejorar y cambiar a través de la acción consciente y organizada de ellos mismos.

Finalmente, dentro del marco de las cosas nuevas que la juventud negra ha puesto en escena durante 1965 en el drama de la vida interior de los Estados Unidos se encuentra el *Mississippi Freedom Labor Union*. El *Mississippi Freedom Democratic Party* se ha lanzado a la creación de un sindicato independiente de obreros agrícolas en el Sur. Su propósito: instruir y alentar a los trabajadores negros de las plantaciones de algodón y de los arrozales en sus aspiraciones por mejores condiciones de vida y por los derechos sindicales que no disponen en los grandes sindicatos oficiales del país.

Tradicionalmente, ningún negro del Sur iba a la huelga, uno de los derechos obreros garantizados por la legislación laboral. Pero el MFLU apela al empleo de este arma y al boicot, «a fin de que la gente por la que trabajamos consiga sus demandas». Por primera vez desde 1930 ha habido huelgas agrícolas en los Estados sureños, concretamente en el del río Mississippi. Su mayor amplitud tuvo lugar a principios del pasado verano. Los braceros negros no pedían nada extraordinario ni ilegal, simplemente exigían el sueldo mínimo garantizado por el derecho laboral en todo el territorio nacional, 1,25 dólares a la hora. En las plantaciones algodoneras las faenas agrícolas se venían pagando a unos 30 centavos la hora. En la primavera los propietarios anunciaron la reducción del ya exiguo jornal a 1,75 dólares diarios. La reacción no se hizo esperar mucho. Las dificultades por las que han pasado y pasan las familias campesinas negras son enormes, pero el entusiasmo también lo es.

Tampoco ha faltado la nota pintoresca en el país de *La cabaña del tío Tom*. Los descendientes de los esclavos han presenciado el inaudito

acontecimiento de ver venir por primera vez a los dueños de las plantaciones, otras veces señores del látigo, a sus casas y cabañas a rogarles que vuelvan al trabajo. Con la mejor de sus sonrisas y la cortesía más cordial del mundo se les ha dicho que no volverán a menos que se les pague 1,25 dólares a la hora, pues tienen entendido que eso es lo que la ley dice.

II. la protesta estudiantil

Tras el sopor producido por la época McCarthy, los centros universitarios y docentes de los Estados Unidos empiezan a participar en la vida política y social del país. Estudiantes y profesores se atreven de nuevo a exigir libertades civiles que suponen garantizadas en la Constitución, o que consideran inalienables para una actividad intelectual libre y creadora.

La ola de protesta ha recorrido casi todos los recintos de las universidades y «colleges» del país. Desde arriba, desde las altas esferas del Gobierno, llegan amonestaciones más o menos veladas. Dean Rusk y McGeorge Bundy, ya retirado a los negocios privados, se han manifestado repetidas veces en el sentido de que la crítica política no es asunto propio de universidades, de profesores y estudiantes. La política para los políticos. Los intelectuales reaccionan con mayor violencia aún, afirmando que es deber de todo ciudadano consciente preocuparse de los asuntos de interés común.

La prensa, la televisión y la radio intentan minimizar o incluso ridiculizar estos movimientos de protesta y descontento. Lluven sobre los jóvenes toda clase de apelativos e insultos. Se les llama existencialistas, rebeldes, traidores, pacifistas. De todos modos es un hecho que todos los medios de comunicación pública se han visto obligados a incluir en sus órganos numerosos reportajes sobre ellos. De nada ha servido tergiversar los hechos o reducir a la mitad la cifra de manifestantes. Las protestas se han repetido con creciente amplitud e intensidad a lo largo de todo el territorio nacional. Una manifestación

celebrada en Washington a finales de noviembre consiguió reunir a 40.000 manifestantes. Se quiera o no, por desagradable que sea la agitación de la juventud, es un hecho patente.

Algunos sociólogos lo explican como un fenómeno de alienación intelectual; otros, entre ellos los portavoces de la John Birch Society, lo interpretan como una actividad subversiva, a la orden de supuestas potencias extranjeras, y, por lo tanto, como un acto de traición. De todas maneras, al explicar la alienación intelectual como un estado mental subjetivo, se tiende a tratarla psicológicamente en términos del individuo, a fin de retraerla a los asuntos sociales de interés común (6). Algunas de las organizaciones estudiantiles más activas, como la SDS (*Students for a Democratic Society*), principal grupo organizador de la mayoría de las manifestaciones, opinan precisamente lo contrario. Según ellos, la fuente de la alienación intelectual radica en la Universidad misma, encargada de producir especialistas, para la tecnología moderna, y para esto cuanto menos piensen, tanto mejor.

Otros explican las motivaciones de la rebelión estudiantil como «conflicto generacional», basándose en algunas manifestaciones hechas públicas por varios dirigentes del movimiento en el sentido de que no confían en nadie que tenga más de treinta años. Porque creen que a partir de esa edad es muy posible que hayan podido abandonar los ideales que tuvieron siendo más jóvenes, que hayan sucumbido a los cantos de sirena de los grandes negocios y de las oficinas gubernamentales. El conflicto es a todas luces con una generación especial de intelectuales establecidos y ex radicales, convertidos en instrumentos de las teorías de McCarthy y Foster Dulles, a quienes esos jóvenes rebeldes acusan de un delito tremendo: el de haber capitulado ante la guerra fría y haber alienado su Universidad.

En una sociedad regida por el lema de «Poderoso caballero es don Dinero», puede colegirse fácilmente que en las instituciones docentes se enseña a los jóvenes la mejor manera de hacerse ri-

(6) Véase la nota anterior.

La Universidad norteamericana se ha convertido en un centro de inquietud ciudadana. La conciencia de una nación se está expresando, en gran parte, a través de una juventud que sabe estar a la altura de las circunstancias: pacifista y que lucha por conservar los mejores elementos de la tradición liberal del pensamiento norteamericano.





Un grupo de estudiantes rodea a un profesor durante una clase de Agricultura, al aire libre, en la Universidad de Arizona. Los estudiantes desean el retorno a las más viejas tradiciones universitarias, de democracia y libre discusión.

cos, de ser hombres de corporación y servir al «statu quo» social. Las fuerzas que presionan sobre la Universidad actúan, en cambio, de una forma más sutil. Puede obtenerse alguna luz analizando el presupuesto general de educación para todo el país o el de cualquier Universidad aislada (7).

Por otra parte, el renombre de una institución docente requiere de sus profesores que ejecuten trabajos de investigación y publiquen con asiduidad sus resultados. Y en verdad, gran parte de la energía de estos hombres se va en los trabajos de publicación. Todo ello va, naturalmente, en perjuicio de su actividad pedagógica, de la formación de los estudiantes. Estos se hallan a disgusto con la situación actual y exigen la vuelta de los profesores a las aulas, sobre todo en los primeros años. Estudiantes de cursos de graduados y los numerosos auxiliares son, generalmente, los encargados de enseñar los primeros cursos. De poco sirve, pues, que una institución disponga de unas cuantas vedettes en el campo de las ciencias o las letras si son casi inasequibles a quienes desean aprender de ellos (8).

Los institutos, cuyos directores se disputan las cuantiosas subvenciones que vienen de las grandes empresas privadas y del Gobierno federal, han brotado como hongos en torno a las universidades. El profesorado de estos institutos, dedicado mayormente a la investigación que le viene impuesta por el Consejo de Regentes, carece de tiempo para dedicarse a la enseñanza. Nos encontramos, pues, con una contradicción entre los

intereses pedagógicos y los intereses particulares y gubernamentales, dentro de la Universidad.

A todo esto han venido a sumarse los tremendos acontecimientos de 1965. La política exterior de la Administración Johnson durante el año pasado ha provocado la explosión pública del descontento que ya existía en las universidades. Parte del profesorado se ha sumado a la protesta estudiantil. Se ha creado así un nuevo tipo de manifestación conjunta, los «teach-ins». Son éstos una especie de asambleas abiertas, en las que los profesores comunican sus ideas a los estudiantes y público en general, algo así como unos maratones de la enseñanza. Los conferenciantes se alternan sucesivamente en el podium, pasando de una clase sobre los nuevos conceptos de la biología a otra sobre arte o política. En algunos casos han durado más de veinticuatro horas, con asistencia de más de 5.000 oyentes, como en el de la Universidad de Wisconsin.

Los «teach-ins» empezaron en la Universidad de Michigan, con el propósito de informar a los estudiantes sobre lo que pasaba en Vietnam. El Presidente Kennedy envió a algunos profesores liberales al Vietnam del Sur, a fin de ayudar al Gobierno de los Diem en la administración del país. Allí se encontraron que la realidad política era muy diferente a como ellos pensaban. Los Diem y sus sucesores inmediatos se negaron a admitir las ideas liberales que pudieran propagar entre los survietnamitas y los profesores tuvieron que regresar pronto a los Estados Unidos. Algunos, como Stanley Millet, fueron incluso encarcelados. A su vuelta se lanzaron a la discusión abierta del problema de Vietnam. Los temas se han ido ampliando y se ha originado así un movimiento fresco, renovador, en el ambiente intelectual del país.

Los «teach-ins» han constituido una especie de foro a los profesores de distintas especialidades para intercambiar ideas, fenómeno este bastante raro en las universidades. Divididas en departamentos estancos, los diferentes aspectos de la ciencia y de la cultura actual se venían tratando en un lenguaje de especialistas, asequible sólo a los iniciados.

El movimiento, a pesar de sus limitaciones, ha tenido bastante éxito dentro de los recintos universitarios. Alcanzó su culminación en el «teach-in» nacional de Washington, el 15 de mayo de 1965, con participación de representantes del Gobierno. Tras un año de intensa actividad, se está pensando ahora en extender estas discusiones públicas a las barriadas humildes de las grandes ciudades, a fin de darle al movimiento mayor amplitud. Con miras, naturalmente, hacia la posibilidad de la creación de un movimiento político.

La lucha contra la pobreza y la segregación racial ha alterado la placidez de la sociedad norteamericana en los últimos años. Toda la serie de protestas y marchas por los derechos de los negros ha favorecido igualmente el nacimiento de los «teach-ins». Existe, asimismo, el sentimiento de que la guerra de Vietnam contiene implicaciones para cada aspecto de la vida interior norteamericana; de que significa algo para la Universidad misma. Y en última instancia, como dicen los grupos más activos del movimiento estudiantil, en particular los *Students for a Democratic Society*, implica el papel del individuo como estudiante, profesor y ciudadano.

En su forma actual, el movimiento es limitado, por condiciones que le vienen impuestas desde fuera y por su propia situación interna. Cuando ha llegado a adquirir cierta significación nacional, el Gobierno ha intervenido en él. Unas veces en forma violenta, como la represión de las manifestaciones habidas en la Universidad de Berkeley, y otras de un modo más sutil y eficaz. Washington, interesado más en responder a las críticas que en escucharlas, se decidió al fin a enviar equipos de especialistas a los recintos universitarios alborotados. Con sus representantes sentados también en el *symposium* intelectual, la Administración se coloca en una situación ventajosa. Puede imponer los términos de la discusión y manejarla en una dirección conveniente para ella. Si los estudiantes celebran sus asambleas sin admitir a los funcionarios y especialistas gubernamentales, se les puede acusar fácil-

(Pasa a la página 52)

(7) Por ejemplo, he aquí el presupuesto de una de las Universidades más famosas del país y del mundo, la de Berkeley, California, y su distribución. De los cuatrocientos millones de dólares del presupuesto del año académico 1962-63, el 62 por 100 se destinó a la investigación (sobre todo atómica), el 26 por 100 para educación y el 12 por 100 para servicios públicos.

(8) Edward Teller, padre de la bomba H y entusiasta de Goldwater, figura como profesor de la Universidad de California en Berkeley, por ejemplo. Aquí dispone de un sitio conveniente para trabajar en la Comisión de Energía Atómica, con continuas y prolongadas visitas a Washington a fin de dar su opinión en asuntos de política exterior, y efectuar curiosos y bien remunerados trabajos para la General Dynamics.

mente de extremistas y contrarios a los principios democráticos. Así el movimiento de protesta deja de ser tal y se convierte en un debate intelectual sobre la validez de ciertos principios y la justificación moral de ciertas decisiones «desgraciadas e involuntarias» que se ve obligada a tomar la Administración Johnson. Sin la participación directa de las masas estudiantiles, faltas de madurez para asuntos de tanta envergadura, el intercambio intelectual puede dejarse en manos de los intelectuales.

Aunque algunos, como Isaac Deutscher, consideran esta agitación juvenil «el despertar del espíritu crítico de Norteamérica», es un hecho que apenas ha rebasado los límites de las universidades y «colleges». La mayoría de la población del país sigue indiferente y ajena a las cuestiones planteadas por los estudiantes. Por ejemplo, tan sólo una parte del movimiento laboral de California parece dispuesto a disputar la composición actual del Consejo de Regentes de la Universidad de California. El San Francisco Labor Council ha pedido su democratización (9).

Mas el movimiento de protesta estudiantil, a pesar de sus limitaciones, también tiene sus aspectos positivos. A través de la lucha y de su confrontación con las instituciones vigentes del país van conquistando un conocimiento valioso, continuamente enriquecido. Su participación en los movimientos por la paz y por los derechos civiles de los negros, así como su tendencia a salir de las discusiones universitarias y participar activamente en los programas de los suburbios urbanos, contribuirá enormemente a sacarlos de su aislamiento actual y ampliar sus perspectivas.

III. el movimiento por la paz

Las andanzas de la política exterior norteamericana durante los últimos años, en el Congo, en Bahía Cochinos, y, sobre todo, la rápida aceleración de la guerra de Vietnam y la invasión de la

(9) Sabido es que la mayoría de los Workers Unions de los Estados Unidos, los sindicatos obreros, difieren bien poco de la ideología de los partidos republicano o demócrata. En algunas cosas, como la integración racial en el interior y la intervención militar en el extranjero, son incluso más intrínsecos que la actual Administración Johnson. La AFL-CIO, la principal organización sindical del país, fue la primera en expresar públicamente su apoyo al Presidente en la intervención de la República Dominicana.

Y ello por razones históricas y económicas bien claras. La situación de las masas trabajadoras de Latinoamérica, la pobreza escalofriante de rotos, cholos, pelcos, indios, mestizos y negros de todo el continente, aunque en una forma indirecta, redundará también en beneficio de los obreros estadounidenses más privilegiados. La mayoría de los sindicatos norteamericanos son más o menos racistas (el de obreros de la construcción excluye totalmente a los negros de sus filas). Ven en el negro un competidor por el puesto de trabajo bien pagado y, por tanto, procuran cerrarle las puertas de acceso.

La décima convención del AFL-CIO, celebrada en San Francisco durante las primeras semanas de diciembre último, lo demuestra bien a las claras. Entre las decisiones adoptadas, las principales son las siguientes: elevar el sueldo del presidente, Meany, de 45.000 a 70.000 dólares anuales (unos 4.200.000 de pesetas), publicar una declaración de apoyo total al Gobierno en su actual política de Vietnam y cualquier posible extensión de la guerra en Asia. La cuestión de los derechos civiles, tan de actualidad en la vida interior del país, apenas se mencionó. Y cuando sus sesiones se abrieron al público y un grupo de estudiantes introdujo en la sala pancartas con llamamientos pacifistas, se ordenó inmediatamente su expulsión.

Dos otros sindicatos blancos, no incluidos en el AFL-CIO, y los obreros negros, por lo general, faltos de organizaciones sindicales, son los únicos que empiezan a exigir su participación en el programa de «Great Society», lanzado por la Administración Johnson. Su falta de organización impide todavía que participen de una manera más amplia e intensa en los movimientos juveniles del país.

República Dominicana durante 1965, han venido a cambiar considerablemente el viejo rumbo de las demandas pacifistas en los Estados Unidos. Hasta ahora no se podía hablar realmente de un movimiento social de este sentido dentro del país. Los pequeños grupos que pudieran formarlos jamás llegaron a organizar manifestaciones públicas como las llevadas a cabo por los pacifistas ingleses en Londres y en las instalaciones atómicas británicas. Falto de la organización de los ingleses y mucho más reducidos en número, en los Estados Unidos no se había pasado de las protestas públicas de ciertas personalidades, como Linus Pauling, dos veces premio Nobel, y la exhibición de algunas pancartas en Nueva York y en Washington.

Ideológicamente, estos grupos e individuos, intelectuales en su mayoría, presentaban un carácter negativo. Su argumentación se centraba en aducir razones contra la bomba atómica, contra las pruebas nucleares, contra la carrera armamentista, etc. El aspecto positivo de su actividad se reducía a repetir de vez en cuando solemnes apelaciones a los sentimientos humanitarios y al buen sentido de aquellos que oficialmente rigen los destinos de la Humanidad, los gobernantes. Mas las generalidades de este tipo no consiguieron nunca entusiasmar a las gentes ni arrastrar multitudes tras ellas. ¿Acaso los gobernantes afirmaron alguna vez que ellos son partidarios del exterminio atómico de la Humanidad?

Pero los acontecimientos de 1965 han venido a precipitar las cosas. Durante el año pasado la juventud norteamericana, o una parte considerable de ella, ha demostrado un interés activo en los asuntos de la paz. Se ha lanzado a la manifestación pública de sus ideales y demandas a través de protestas que han recorrido las calles de las principales ciudades del país. El viejo marco de los pacifistas ha sido rebasado, dando paso a un movimiento con características nuevas. La colaboración masiva de la juventud ha impulsado el movimiento por la paz. Las multitudinarias manifestaciones celebradas en la capital, Washington, en San Francisco, Berkeley, Oakland, Nueva York y otros muchos lugares, han causado sensación en la vida norteamericana.

Una proporción cada vez mayor de la juventud norteamericana demuestra intereses inesperados. Hasta ahora se ha venido ofreciendo un cuadro uniforme de la vida estadounidense, con su juventud materialista, conformista, obsesionada con el sexo, la violencia y las extravagancias de nuevos ricos, despreocupada en absoluto de los acontecimientos del mundo exterior, para ellos casi desconocido y muy por debajo del suyo. Este cuadro ha cambiado bastante en los últimos tiempos. Ha entrado en escena una parte de la juventud, todo lo minoritaria y desorganizada que se quiera, con preocupaciones nuevas y en cierto modo sorprendentes; jóvenes con inquietudes morales e intelectuales, insatisfechos con las perspectivas que les ofrece la sociedad en que viven, interesados por lo que pasa en las otras partes del mundo, animados por ideales de justicia y libertad para toda la gente y todos los países y no tan solo para unos cuantos, deseosos de contribuir activamente en la liberación y el desarrollo humanos, en presentar al extranjero una faz más agradable de los Estados Unidos.

Con el incremento y el fecundo impulso otorgado por la juventud, el movimiento por la paz ha experimentado también un cambio en su contenido ideológico. Y esto quizá sea lo más significativo de su acción. De ser un movimiento contra la guerra en general, ha pasado a ser un movimiento por la paz, por una paz concreta. Se dirá que el orden de los factores no altera el producto, pero en este caso sí. Las demandas se refieren ahora a cosas bien precisas y reales. Se

pide la paz en Vietnam, la vuelta de las tropas norteamericanas a los Estados Unidos; se exige que el Gobierno norteamericano respete la ley internacional, los principios de la autodeterminación de los pueblos y la no intervención en los asuntos internos de otros países, que se establezcan inmediatamente negociaciones con el Frente de Liberación Nacional del Sur de Vietnam; el cese unilateral de las hostilidades contra los guerrilleros y la población campesina, así como los bombardeos contra el Norte de Vietnam, país oficialmente no combatiente.

Si bien son el ardor y la impaciencia juveniles los resortes que activan el actual movimiento por la paz, los jóvenes no están solos en esta faceta de la oposición a la política actual del Gobierno, y más allá del Gobierno. Tienen la colaboración activa de la mayoría de las organizaciones estudiantiles progresistas y liberales, los viejos grupos pacifistas, algunas iglesias y pequeños partidos políticos, como el socialista, encabezado por el ya anciano Norman Thomas. Es escasa aún la participación de las agrupaciones obreras y negras. En la manifestación que tuvo lugar en Washington el 27 de noviembre y en la que se reunieron 40.000 personas, por ejemplo, tan sólo hubo de un 5 por 100 al 10 por 100 de negros en ella. No obstante, se ha empezado a difundir entre las diversas organizaciones que luchan por los derechos de los negros, incluso entre las más moderadas, como la que acudilla el reverendo doctor Martin Luther King, premio Nobel de la Paz, la idea de que los objetivos del movimiento pacifista no son, ni deben ser, ajenos a la lucha de los negros.

La oposición a la guerra de Vietnam existe también, más o menos abierta, en ciertos círculos de la clase alta norteamericana. La Cámara Nacional de Comercio, por ejemplo, se ha manifestado por el cese de las hostilidades en Vietnam y la apertura de relaciones diplomáticas y comerciales con la República Popular China. Se cuentan ya unos 25 senadores opuestos a la guerra. El más furibundo enemigo de ella es Morse, senador por el Estado de Oregón y conferenciante asiduo en las manifestaciones y protestas que han recorrido el país durante 1965, junto con Grunning, senador por Alaska. Estos dos Estados carecen de grandes plantas industriales. En general los Estados costeros y próximos al Pacífico son partidarios del establecimiento de relaciones con la República Popular China, en contra del Este industrial y yanqui, donde se hallan ubicadas las grandes industrias, entre ellas la bélica, y que hasta ahora ha ganado la batalla. Las grandes firmas comerciales del Oeste norteamericano abogan por dichas relaciones. Contemplan con cierta envidia los excelentes negocios que está haciendo el Canadá. Vancouver, en la costa de la Columbia Británica y a un paso de Seattle, por ejemplo, se ha convertido en el puerto más moderno y activo de toda la costa del Pacífico americano; y ello gracias al comercio, sobre todo triguero, entre el Canadá y la República Popular China.

A pesar de algunos gestos románticos, como la declaración de paz al pueblo de Vietnam hecha pública por la «Asamblea de Gente no Representada», celebrada en Washington en agosto pasado, y los intentos heroicos de Oakland (10), lo esencial, al igual que en el movimiento estudiantil, es que los jóvenes van conquistando nuevos alia-

(10) Los grupos pacifistas de la región de la Bahía de San Francisco, con las grandes agrupaciones urbanas de San Francisco, Oakland y Berkeley, además de organizar varias abortadas manifestaciones, intentaron varias veces detener los trenes que conducían soldados a la terminal de Oakland, principal puerto de embarque de material humano y bélico para Vietnam. Asaltaban los trenes y se echaban en la vía, pero los maquinistas no detenían los convoyes y otros manifestantes tenían que sacar a prisas y corriendo los cuerpos de sus compañeros antes de que fueran atropellados.



USA: UNA NUEVA GENERACION

El inconformismo de un sector de la juventud norteamericana aparece en todas partes. Carteles con temas antibélicos, slogans pacifistas proliferan decorando los muros de las grandes Universidades norteamericanas: Berkeley, Columbia, Harvard, etc.

dos y van adquiriendo un conocimiento preciso de la sociedad en que viven y de las fuerzas que la rigen.

Paul Potter, el anterior presidente de los SDS (*Students for a Democratic Society*), se expresó de la siguiente manera en la asamblea de no representados celebrada el mes de agosto en Washington: «¿Qué clase de sistema es éste que permite calamidades como las que los Estados Unidos están cometiendo en Vietnam?... Tenemos que nombrar ese sistema. Tenemos que llamarlo por su nombre, describirlo, analizarlo, comprenderlo y cambiarlo. Porque solamente cuando cambie ese sistema y se tenga bajo control es cuando puede haber alguna esperanza de detener las fuerzas que hacen la guerra en Vietnam hoy...».

La radicalización de los grupos pacifistas es ya un hecho evidente. Terminada la manifestación de Washington, la del 27 de noviembre representantes y dirigentes de las diferentes organizaciones que participaron en ella se reunieron el mismo día en la capital a fin de discutir las posibilidades de un programa uniforme y las tácticas a seguir durante 1966. El tono de la discusión y las actitudes han cambiado mucho con respecto a años anteriores. Los dos ejemplos siguientes son bien ilustrativos. Uno de ellos está sacado del discurso del doctor Benjamin Spock, famoso puericultor y co-presidente del SANE (*National Committee for a Sane Nuclear Policy*), una de las antiguas organizaciones pacifistas, muy moderada, en la que colaboran la mayoría de los intelectuales y personalidades que decíamos al principio. He aquí algunas de sus palabras pronunciadas en dicha reunión: «Parece ridículo que nuestros funcionarios repitan una y otra vez solemnemente que los norvietnamitas tienen que dejar a sus vecinos solos, cuando nosotros hemos venido desde las antípodas, a interferirnos en sus asuntos, y cuando, incidentalmente, nos reservamos el derecho de interferir a voluntad en Latinoamérica... Creo que nuestro Gobierno tan sólo se confunde a sí mismo y al público norteamericano estableciendo una dictadura marioneta en Vietnam, llamando luego agresores a los vietnamitas y atacándolos con napalm cuando se rebe-

lan contra ella. Esto no es resistir la agresión, sino provocarla».

Carl Oglesby, actual presidente de SDS, organización más joven y radical que el SANE, aunque sin ser comunista ni mucho menos, se manifestó en la misma ocasión en los términos siguientes: «Todos nosotros hemos nacido bajo los auspicios del coloso de la Historia, nuestro sistema norteamericano de corporación, terrible organismo... Disfrutamos de una riqueza que en buena parte no es nuestra propia, y nos la metemos en nuestros bolsillos, nuestros garajes, nuestros estómagos y nuestros futuros... Nuestro problema, entonces, consiste en justificar este sistema y dar otro nombre a este robo, presentar como benévolo y moral lo que no lo es, efectuar cierta alquimia con el lenguaje a fin de ofrecer esta injusticia como un don sumamente magnánimo. Al desafío planteado se le dio una solución extremadamente ingenua: la ideología del anticomunismo. Y quedamos atados a ella. Mas no podemos decir que la revolución es algo malo, porque nosotros mismos empezamos así (*refiriéndose a la independencia colonial de los EE. UU. respecto de Inglaterra*) y porque es facilísimo ver por qué otras gentes se alzan en protesta... Así que llamamos a la revolución "comunismo". Y nos reservamos el derecho de decir lo que éste significa... Lejos de ayudar al público norteamericano a habérselas con esta verdad, la ideología anticomunista simplemente trata de camuflarla de tal forma que las cosas queden como están. De este modo se pinta nuestra presencia en otros países no como coerción sino como protección. Nos permite decir incluso que el napalm utilizado en Vietnam no es más que otro aspecto de nuestro amor humanitario...».

La guerra de Vietnam cuesta mucho dinero, unos 3.000 millones de pesetas diarias durante los 365 días de 1965. Y a pesar de que la industria sigue viviendo con esto una época ininterrumpida de prosperidad, hay otros aspectos de la vida norteamericana que se verán afectados, favoreciendo en última instancia el interés y la actividad por la paz entre la población. A mediados de diciembre ciertos círculos financieros

insinuaron al Presidente que cortara el ambicioso programa de la *Great Society*, o que aumentaran los impuestos, recién acabados de reducir para comienzos de año. Tener que abandonar el trabajo, los estudios, la familia, para ir a la guerra, ver reducidos los programas de ayuda a la educación y a la redención de los suburbios, etc., son cosas que la gente, y sobre todo los más necesitados de estas cosas, no pueden ver con gusto.

Por otra parte, algunos dirigentes negros empiezan a protestar ya de que, proporcionalmente, hay más soldados negros que blancos en las líneas de combate. Ello significa que la lucha por los derechos civiles, con toda la variada gama de grupos que colaboran en ella, puede pasar a participar masivamente en el movimiento por la paz.

Es muy pronto para decir si se convertirá o no en un movimiento de masas dentro de un futuro inmediato. Su mayor defecto es que todavía carece de una organización que le sería preciosa, y de un programa determinado.

Por otro lado, también es verdad que la extensión y prolongación de la guerra, con el consecuente aumento en el número de bajas norteamericanas (ha habido semanas en que se han superado la media semanal de la guerra de Corea, por ejemplo), pueden favorecer las teorías de otro tipo de extremistas: los partidarios de acabar la guerra cuanto antes (y el comunismo al mismo tiempo), mediante el empleo de la gran bomba.

A juicio de los entendidos, la paz traería consigo una crisis económica de proporciones incalculables. Las consecuencias que acarrearía para la sociedad norteamericana son todavía imprevisibles. ¿Mayor liberalización y democratización de las estructuras? ¿O más centralización y rigidez gubernamental? Dada la evolución actual de los acontecimientos y la dirección que llevan, posiblemente esto último. Mas el futuro, y el pueblo norteamericano, que al fin y al cabo posee un profundo sentido democrático, tiene la última palabra.

VICENTE ROMANO GARCIA

Fotos: PEDRO GARCIA BUÑUEL y ARCHIVO

N. de R.—Esta protesta se ha dado también en los recientes choques raciales.